

que, obedeciendo la orden del dominico, permanecieron quietos en sus puestos, salió de la estancia.

X

EL ASESINATO

En el palacio de la calle Ancha celebrábase aquella noche una gran fiesta para solemnizar el triunfo que el duque Alejandro había obtenido sobre los republicanos.

Los más íntimos del duque hallábanse reunidos allí.

Sin embargo, a la derecha de Alejandro había quedado un asiento vacío, el de su favorito.

Alejandro, al ver que la ausencia de Lorenzo tenía preocupados a los demás comensales, cada vez que éstos le preguntaban algo, les contestaba sonriéndose:

—No os preocupéis por la ausencia de Lito, ya sé donde está.

Era la media noche cuando Lorenzo entró en el comedor; fué a sentarse junto al duque, y, después de llenar su copa de vino, se levantó diciendo:

—¡A la prosperidad, a la alegría, a los placeres de nuestro amado duque!

El brindis del joven fué repetido por los presentes; Lorenzo se inclinó entonces hasta el oído de Alejandro y le dijo en voz baja:

—Podéis beberos dos copas en vez de una, monseñor, pues Luisa estará en mi casa dentro de media hora esperando las órdenes de Vuestra Alteza.

—¿Eso has hecho tú, monín?—preguntó el duque que estaba ya medio borracho.—¿Has dicho que dentro de una hora? ¿Y quién vendrá a advertirme?

—No tengo en quien fiarme, monseñor. Vos tenéis confianza en el *Húngaro*, ¿no es cierto?

—Completa. Estoy seguro de él como de mí mismo.

—En ese caso, préstádmelo para que vayamos a buscar a nuestra hermosa afligida.

—¡No!—replicó el duque,—Luisa lo reconocería y se negaría a seguirlo.

—¿Con el rostro cubierto con un antifaz y un billete mío?... ¡Bah! Además, la niña sabe a dónde va.

—Entonces, ¿para qué tantas precauciones?

—Para cubrir las apariencias, monseñor.

—Bien, puedes llevarte al *Húngaro*, puesto que lo pongo a tu disposición.

—Llamadle, monseñor, y decidle que me obedezca en todo cuanto le ordene.

El duque llamó al esbirro y le dijo:

—Sigue a Lorencito y obedécelo en todo lo que te mande; en caso contrario, pagarás con tu cabeza.

Nada extrañaron estas palabras al *Húngaro*; estaba ya acostumbrado a tales recomendaciones; así, pues, limitóse a hacer una señal de asentimiento con la cabeza.

—¿Te vas, monín?—preguntó el duque a Lorenzo, al ver que éste se levantaba.

—Debo prepararos la habitación, monseñor—contestó el joven.

—¿Me prometes que en cuanto llegue la hermosa; me enviarás un recado?

—El *Húngaro* vendrá a avisaros; pero no os hagáis esperar, monseñor.

Lorenzo dió algunos pasos hacia la puerta para marcharse, pero se acercó de nuevo al duque y le dijo:

—Monseñor, asegúradme que nadie de los aquí reunidos sabrá adónde vais, ni por quién os levantáis de la mesa.

—Te lo aseguro.

—Asegúradme asimismo que daréis un rodeo para desorientar a los que os vean salir.

—Lo daré.

—¿Puedo confiar en que lo haréis como lo decís?

—¿Dudas de mi palabra, Lorencito?

—Está bien, monseñor; mas preferí dos promesas a una. ¿Me dais vuestra palabra de caballero?

—Sí.

—Entonces todo va bien.

—¿Qué te pasa, Lorencito?—preguntó el duque.

—¿A mí?—exclamó el joven.

—Sí; tu semblante tiene una palidez cadavérica, y, sin embargo, tienes la frente cubierta de sudor.

—¡No he de tenerla!—dijo Lorenzo enjugándose con un pañuelo de batista bordado semejante a los que usaban las mujeres.—Aquí se asfixia uno.

Y al acabar de decir estas palabras, Lorencito desapareció.

Daban las doce de la noche en el reloj de la catedral cuando el joven salió a la calle Ancha.

Era la noche del 5 al 6 de enero; una noche fría en extremo, y tan obscura, que, a diez pasos de distancia, casi no podían distinguirse los objetos.

Lorenzo caminaba despacio mirando a uno y otro lado como quien busca a alguno; cuando llegó a la esquina de la calle de las Balanzas, presentósele un hombre, el cual, viendo que aquél retrocedía y llevaba la mano a su puñal, dijo:

—Soy yo, monseñor.

—¡Ah! ¿Eres tú, Miguel?—exclamó Lorenzo.

—El mismo—contestó el interpelado;—¡no me dijo Vucencia que me paseara todas las noches de once a una por la calle Ancha?

—En efecto, te lo dije, y me place que seas tan puntual. ¿Estás dispuesto a seguirme?

—Sí, monseñor.

—Pues en marcha.

—¿Ha llegado, pues, el momento de vuestra venganza?—preguntó Miguel.

—Espero que dentro de una hora todo habrá terminado—contestó Lorenzo.

—Sois muy dichoso, monseñor.

Nada respondió Lorenzo; pero, tomando la delantera, internóse en la calle Ancha y abrió una puertecita.

—¡Ah!—exclamó Miguel,—¿vais a vengaros en vuestra propia casa?

—Sí.

—¿No teméis que los gritos y el chocar de los aceros sean oídos desde el palacio del duque?

—Desde hace un año—repuso Lorenzo—han oído los vecinos tantas voces y tanto ruido de espadas, que ni siquiera se fijarán en ello; te lo aseguro.

Cuando llegaron al primer piso, Lorenzo abrió la puerta de un cuarto en el que hizo entrar a Miguel; éste, al ver que el joven iba a dejarlo solo, le dijo:

—Monseñor, soy vuestro en cuerpo y alma, mas os ruego tengáis presente que me hicisteis una promesa.

—Recuérdamela.

—Me prometisteis que, una vez libre de vuestro enemigo, me dejaríais que a mi vez me deshiciera del duque.

—¿Así, pues, sigues abrigando ese deseo?

—Más que nunca, monseñor.

—¿Y no te harían desistir de él ni los ruegos, ni el dinero, ni las amenazas?

—Juré matarlo sin compasión ni misericordia.

—¿Entonces es cierto lo que me referiste?

—Os dije la verdad, monseñor.

—Casi me resisto a creerlo.

—¿Por qué?

—Porque no hay hombre capaz de semejante crueldad.

—Más cruel fué el duque Alejandro.

—¿Y era hermosa la joven?

—Como un ángel.

—Me dijiste que se llamaba...

—Nella.

—¿Cuántos años tenía cuando murió?

—Diez y ocho.

—Pocos años son.

—Al contrario, monseñor, son muchos cuando ya hace dos que la desventura y el oprobio hacen amarga la vida.

—¿Y dices que después de darte esperanzas de casarte con Nella, el duque Alejandro...?

—¡Oh! ¡callaos, monseñor!—dijo Miguel sucumbiendo a los recuerdos que con tanta crueldad le despertaba Lorenzo.—¡Callaos, por favor, o vais a hacer que pierda la razón! No se trata de mí, sino de vos, ¿no es así? Habéis hecho que os acompañase para ayudaros a matar a alguien... Pues bien, ¿quién es el hombre cuya sangre será el precio de mi venganza? Decidme su nombre, estoy dispuesto.

—No es preciso nombrártelo, puesto que vas a verlo.

—¿Luego lo conoces?

—Poca memoria tienes, Miguel; me dijiste el nombre de cuatro hombres que en aquella noche fatal se encontraban en el aposento verde, y te dije que aquel de quien tenía que vengarme era uno de ellos.

—Cierto, monseñor; lo había olvidado.

—Ea, pues, te dejo en este cuarto; está preparado... piensa en el duque... en tu venganza... y cuando vuelva por ti, ten preparada la espada.

—Descuidad, monseñor.

Lorenzo dejó cerrado a Miguel y entro en la estancia que para el duque había sido preparada.

Los leños que en la chimenea ardían era lo único que alumbraba la estancia.

Apenas hubo entrado Lorenzo en ella, cuando oyó rumor de pasos en la escalera; estos pasos eran los de un hombre y una mujer, de la que, además, se oía el roce del vestido de seda.

Lorenzo se abalanzó al corredor, teniendo tiempo solamente de abrir una puerta y cerrarla tras sí.

Cinco minutos más tarde, Luisa, guiada por el *Húngaro*, que seguía con el rostro cubierto por el antifaz, pasó por delante de la puerta y entró en la pieza; era completamente extraña para ella, pues en la que había entrado por la mañana estaba situada en el lado opuesto del edificio.

Sin embargo, bastábale a Luisa, para tranquilizarla, el billete que había recibido en cuya escritura reconoció la mano de su amado Lorenzo.

—Ya hemos llegado—dijo el *Húngaro* a la joven;— aquí debéis esperar.

—Gracias—dijo Luisa sentándose.

—¿Se os ofrece algo?—preguntó el esbirro.

—Nada—contestó la joven;—decid solamente al que os ha enviado que estoy aquí esperándole.

—Está bien, señora—repuso el *Húngaro*.

Este salió de la estancia, dejando a Luisa encerrada en ella.

No había dado aún dos pasos en el corredor, cuando fué detenido por Lorenzo, el cual le preguntó en voz baja:

—¿Ya está aquí?

—Sí, monseñor—respondió el esbirro.

—Entonces ve a decir al duque que le estamos aguardando; pero que recuerde que nadie más que tú debe saber que entra en esta casa.

El *Húngaro* inclinóse haciendo ademán de entregar a Lorenzo la llave de la habitación en que Luisa se hallaba encerrada; el joven no quiso tomarla, diciendo al esbirro:

—¡Hombre! ¿Cómo quieres tú que entre el duque?

—Es cierto—repuso el *Húngaro*. Y salió llevándose la llave.

Alejandro había aprovechado tan bien el tiempo, que al entrar el esbirro en el comedor, encontró a su amo medio borracho.

—¿Y bien?—le preguntó el duque, acercándosele.

—La dama está esperándoos, monseñor—dijo el *Húngaro*.

—En verdad, Lorencito no tiene precio—prosiguió Alejandro.—Estoy convencido de que si le pidiera la luna me la daría.

Y dichas estas palabras pasó a su tocador, en donde se puso un largo ropón de raso forrado de piel de marta cibelina.

—¿Qué guantes te parece que me ponga, los de guerra; o los de amor?—preguntó Alejandro al *Húngaro*.

—Los de amor, contestó el esbirro.

—En efecto, sobre la mesa había guantes de mallas y guantes perfumados.

El duque se calzó estos últimos, y abriendo de nuevo la puerta del comedor, dijo:

—Buenas noches, señores; podéis permanecer aquí todo el tiempo que queráis. Encontraréis vino en la cueva y camas en los aposentos. No vengáis a hacerme la corte antes de mediodía, pues será ya muy tarde cuando me acueste.

—Esperad, monseñor—dijo uno de los convidados;—yo os acompañaré.

—No, quedaos, Justiniano,—replicó el duque;—no necesito que nadie me acompañe.

Pero el estado de embriaguez en que se hallaba Justiniano de Cesena, que era capitán del duque, hizo que insistiera con tenacidad.

—Ven; pues, borrachín—exclamó el duque. Y dirigiéndose a Jacobo, le dijo en voz baja:—Cuando lleguemos a la plaza de San Marcos, te lo llevas de grado o por fuerza; con el *Húngaro* tengo bastante.

Los cuatro abandonaron el palacio; pero a fin de desvanecer toda sospecha conforme lo había ofrecido a Lorenzo, el duque dobló la calle de los Caldereros, entró en la de Gironi, siguió por breve espacio la de San Galo y tomando luego la de los Tapiceros, empujó a Justiniano hacia la plaza de San Marcos dando orden a Jacobo que lo condujese a su casa; después, y seguido del *Húngaro* solamente, volvió a entrar en la calle Ancha.

Mientras tanto, Lorenzo había entrado en la estancia en que se hallaba Luisa, la cual, al verlo, se levantó con viveza y le echó los brazos al cuello.

A estas demostraciones de ternura, Lorenzo exclamó:

—Gracias, Luisa, gracias por no haber dudado de mí.

—El día que de ti dudase sería el último de mi vida—
repuso la joven.

—Deja que cierre la puerta,—dijo el joven; después, añadió:—Has confiado en mí hasta el fin, amor mío; ahora escúchame.

—Habla; pero, ante todo, ¿y mi padre?

—Te he dicho que se salvará, y se salvará. Pero no basta; al pensar en él, también he pensado en nosotros. amada mía. Dentro de una hora abandonaremos Florencia.

—¿Y adónde nos dirigiremos?

—A Venecia—contestó Lorenzo. Y golpeando su faltriquera, añadió:—Aquí guardo una licencia que el obispo de Marzi me ha dado para que podamos tomar caballos de posta; una vez libre, tu padre se reunirá con nosotros.

—Partamos, pues, Lorenzo mío.

—Todavía no; primeramente debe llevarse a cabo un grave acontecimiento, Luisa.

—¿Dónde?

—Aquí mismo.

—¿Aquí, dices?

—Sí, en esta estancia.

—¿Y yo?...

—Tú estarás en aquel gabinete; pero, a pesar de lo que veas o de lo que oigas, sea cual fuere el acto que se cumpla, no salgas ni digas una sola palabra... Cuando todo haya terminado, yo mismo abriré la puerta del gabinete, y partiremos. Lo único que te recomiendo es que cierres los ojos cuando, al salir, pases por esta pieza.

—¡Lorenzo! ¡Lorenzo mío!—exclamó la joven,—tus palabras me estremecen... ¿Qué va a suceder aquí?... Lorenzo, ya no soy una niña... Mi padre mismo me ha dicho que soy mujer.

—¡Silencio!—dijo Lorenzo—¿has oído?

—Sí, como si cerrasen la puerta de la calle.

—En efecto. Entra en ese gabinete, Luisa... El momento decisivo ha llegado... Llama en tu auxilio todo tu valor, y aunque veas entrar a la muerte, no digas una palabra.

—¡Virgen santísima! ¿Qué va a pasar?...

Lorenzo hizo entrar a la joven en la habitación contigua, cerró la puerta con llave, guardó ésta en el bolsillo, salió precipitadamente de la pieza, y entró en el gabinete en que se había escondido cuando la joven llegó acompañada del *Húngaro*.

Era la segunda vez que el *Húngaro* pasaba por delante de aquella estancia, pero ahora conduciendo al duque; éste entró pesadamente en la pieza, dejóse caer sobre la cama, y preguntó:

—Bien, y la muchacha, ¿dónde está?

—¿Qué muchacha?—dijo el *Húngaro*.

—La hermosa Luisa, la que tú has ido a buscar con un billete de Lorenzo.

—Aquí la dejé, monseñor, y es indudable que va a venir.

—Está bien... está bien,—exclamó Alejandro.—Confío en Lorencito... Mira, márchate y espérame, hasta que amanezca, frente al palacio de Sostegni. Si al amanecer el nuevo día no me he recogido, lo cual es muy probable, aguárdame en palacio.

—Pero, ¿se queda solo, monseñor?

—¡Qué voy a quedarme solo, majagranzas!—exclamó el duque echándose a reír.—¿Acaso no va a traerme Lorencito su prometida? Ea, márchate.

El *Húngaro* salió, y cuando pasó por el corredor; Lorenzo le detuvo, como la vez primera diciéndole:

—¿Dónde está la llave?

—Hela aquí—dijo el esbirro presentándosela.

—¿Te ha dicho el duque que lo esperaras?

—Sí, hasta el amanecer, y que si a aquella hora no ha salido, me vaya a palacio.

—Pues ya puedes ir ahora mismo—dijo Lorenzo riéndose.—Te doy licencia.

—¿Me garantizáis que no saldrá el duque antes del amanecer?

—Palabra de caballero—respondió Lorenzo.—Puedes marcharte tranquilamente a descansar.

—Es lo que voy a hacer—repuso el *Húngaro*.

—Y harás bien... Ve, amigo mío, ve,

El *Húngaro* salió, y Lorenzo sólo respiró cuando hubo cesado el rumor de sus pasos.

Entonces se pasó las manos por la frente y entró en la pieza en que estaba el duque, el cual le preguntó:

—Y bien, ¿dónde está la hermosa afligida? Creía haberla encontrado aquí.

—¡Aquí!... Vos estabais cenando, monseñor... ¿Sabía yo acaso, vistas las libaciones que habéis hecho a presencia mía, en qué estado os conducirían? ¡Diablo! No he querido que la asustarais.

—¡Cuántas precauciones!—exclamó el duque desciñéndose su espada...—Ea, ve a buscarla.

—Ahora mismo, monseñor—dijo Lorenzo, tomando de manos del duque la espada y el cinturón con el que dió dos vueltas a la empuñadura de la espada para evitar que el duque pudiera desenvainarla, y en el caso de que lo intentase, no pudiera conseguirlo, hecho lo cual, la colocó a la cabecera de la cama.

—¿No os quitáis el ropón?—preguntó Lorenzo al duque.

—Sí; hace mucho calor aquí dentro.

—Dádmelo, pues, y echaos en la cama, monseñor; aquella a quien esperáis, no tardará en estar aquí.

Lorenzo, después de colocar el ropón del duque sobre una silla, salió cerrando tras sí la puerta, y encaminóse precipitadamente al aposento en que estaba encerrado Miguel.

—Ha llegado la hora, hermano mío—dijo Lorenzo al esbirro devolviéndole la libertad;—el enemigo de quien te he hablado está encerrado en mi cuarto... ¿Continúas dispuesto a ayudarme a acabar con él?

—¡Vamos!—dijo el esbirro por toda contestación.

Y los dos, procurando amortiguar el ruido de sus pasos, y con sendas y desnudas espadas bajo sus respectivas capas, se dirigieron hacia la estancia en que el duque se hallaba.

Lorenzo, después de abrir la puerta, fué el primero en entrar.

El duque se había echado en la cama, de cara a la pared, y parecía amodorrado.

—¿Dormís, monseñor?—preguntóle Lorenzo acercándose hasta el duque sin que éste hiciese movimiento alguno.

Y al tiempo de pronunciar estas palabras hundióle el

verduguillo que en la mano llevaba; el arma entro por la parte superior del hombro y fué a salir por debajo de la tetilla.

Un ¡ay! de dolor se escapó de los labios del duque; pero como era extraordinariamente fuerte, saltó de un brinco al centro de la pieza y se dirigió hacia la puerta; al abrirla, encontróse con Miguel, el cual, al conocer al duque Alejandro, dió un grito de alegría y de un tajo le partió la sien izquierda quedándole recostada sobre la mejilla.

El duque retrocedió en busca de otra salida; pero Lorenzo se abalanzó a él, y empujándolo hacia la cama, lo derribó sobre ella en posición supina y lo sujetó con todo su peso. Entonces el duque, que hasta aquel momento no había dicho una sola palabra, empezó a pedir socorro. Pero Lorenzo le puso violentamente la mano sobre la boca, de manera que el pulgar y parte del índice entraron en ella. El duque, al sentir los dedos de su adversario en su boca, apretó instintivamente los dientes, pero con tal fuerza, que los huesos, triturados, crujieron; fué tal el dolor que Lorenzo sintió, que, lanzando un grito que nada tenía de humano, retrocedió a su vez.

Alejandro, no obstante perder mucha sangre por sus dos heridas, echóse sobre su adversario, y, doblegándolo debajo de él como una caña, intentó estrangularlo.

Lorenzo sentíase perdido, pues en aquella lucha cuerpo a cuerpo no podía servirse de la espada. Entonces el joven se acordó de aquel puñalito de afilada hoja que con tanta facilidad taladraba los zequies de oro, y sacándolo de su pechera, lo clavó dos veces y hasta el mango en las entrañas del duque, sin que éste soltase su presa.

De tal suerte estaban enlazados los dos combatientes, que Miguel, a pesar de su afán en ayudar a Lorenzo, y no obstante el deseo que tenía de tomar parte en la muerte de Alejandro, no se atrevió a descargar golpe alguno contra el uno, temeroso de matar o herir al otro.

Finalmente, Miguel, imitando a Lorenzo, arrojó su espada, y empuñando la daga, confundióse entre los combatientes luchando en medio de la semiclaridad que los leños que en la chimenea ardían comunicaban a la estancia, hasta que hallando el cuello del duque enterró en él su arma, y como el duque no cayera todavía, *porfió* de tal

modo, dice el historiador Varchi, que acabó por cortarle la arteria yugular.

Alejandro lanzó un postrer estertor, y cayó arrastrando consigo a Lorenzo y a Miguel; éstos se levantaron rápidamente, retrocedieron un paso y cruzaron una mirada, horrorizados de la sangre que cubría sus ropas y de la palidez de sus rostros.

—Creo que, al fin, ha muerto—dijo Miguel rompiendo el silencio.

Y al ver que Lorenzo movía la cabeza como dudando, el esbirro fué a recoger su espada y volvió para punzar lentamente al duque; éste no hizo el menor movimiento: era cadáver.

Entonces Lorenzo se acordó de Luisa, pensando en el terror que debía sentir la pobre joven; dos o tres veces la había oído suspirar durante los diez largos minutos que había durado la lucha, y, abriendo la puerta, llamó a su amada; pero no obtuvo respuesta.

Sin embargo, Lorenzo creyó ver, a la débil claridad que de una estancia a la otra pasaba, el cuerpo de Luisa tendido en la alfombra, y, abalanzándose a ella, la levantó en sus brazos y la llevó a la otra habitación; allí, y frente a la chimenea, la puso en el suelo, con la cabeza apoyada en su rodilla.

Lorenzo, creyendo que sólo se trataba de un desmayo, la llamó con angustiada voz, y al ver que aquélla abría los ojos, lanzó una exclamación de alegría.

Pero Luisa con voz apagada, dijo:

—Perdóname, mi amado Lorenzo; he dudado de ti, y ya te dije que el día que de ti dudase sería el último de mi vida.

—¿Y bien? ¡Habla!—exclamó Lorenzo.

—Mi padre me entregó, por si llegaba a caer en manos del duque, este frasco de veneno... Y no sólo he creído que había caído en ellas, sino que eras tú quien me entregabas a él.

—¿Y qué más?—exclamó Lorenzo.

—Mira...—dijo Luisa enseñándole el frasco.

—¡Vacío!—rugió el joven.

Y sin acordarse de la terrible herida de su mano, y enloquecido por el dolor, levantó a su amada, descendiendo con ella precipitadamente la escalera, dejando en el aposento el cadáver del duque.

Miguel, más tranquilo, salió a su vez, y cerró cuidadosamente las puertas de la habitación y de la calle.

Después, y sin que le preocupara lo que de Lorenzo pudiera ser, fué a arrodillarse ante la Virgen de la esquina de la plaza de la Santísima Anunciación, a la que, en su superstición, dió gracias por haber llevado a buen término aquel espantoso asesinato.

CONCLUSION

Nadie ignora que desenlace tuvo para Florencia el terrible drama del que acabamos de esquiñar las principales peripecias, y que probó al mundo una vez más de que el puñal casi siempre corta, pero no desata.

Del mismo modo que a la muerte del vencedor de Pompeyo, Roma pasó de César a Octavio, Florencia, una vez muerto el duque, pasó de Alejandro al joven Cosme I del que ya hemos hablado al comienzo de esta historia y a quien la popularidad de su padre, Juan de las Bandas Negras, su juventud, su gallardía y el hábito que a la esclavitud ya habían tomado los florentinos, contribuyeron a allanarle el camino del trono, al cual subió no sin antes jurar en manos del cardenal Cibo que observaría religiosamente las cuatro promesas siguientes:

Que administraría justicia por un igual a pobres y a ricos.

Que no consentiría jamás en substituir por otra, en Florencia, la autoridad del emperador.

Que vengaría el asesinato del duque Alejandro.

Que trataría bien a los dos hijos naturales del duque asesinado, Julio y Julia.

Después de haber jurado, Cosme I tomó por divisa este hemistiquio de Virgilio:

...Primo avulso, non deficit alter.

Pero con el nuevo soberano, pasó lo que con todos aquellos a quienes una revolución inesperada los sube al poder.

Mientras se encuentran en la primera grada del trono reciben condiciones, pero cuando llegan a la superior, las imponen.

Cosme sólo cumplió fielmente las que se referían a la venganza.

En cuanto el cardenal Cibo tuvo noticia de la muerte del duque Alejandro, al día siguiente de haberse cometido el asesinato, comprendió el prelado en qué apuro iba a ponerle la presencia de Strozzi y de sus compañeros en la ciudad. Muerto el duque, no podrían ser ajusticiados; presentes, no habrían dejado proclamar otro duque.

Así, pues, fueron a buscarlos al Bargelo, diciéndoles que el duque los perdonaba; condujéronlos hasta la frontera y una vez allí les dejaron en libertad de retirarse a donde mejor quisieran.

Strozzi y sus compañeros se retiraron a Venecia, y hasta llegar allí no se enteró el primero, por boca del mismo Lorenzo, del asesinato del duque y de la muerte de su hija Luisa.

Los primeros instantes consagraronlos al dolor; pero cuando vieron que Florencia estaba en manos de Cosme I, y pudieron apreciar el sombrío e implacable carácter del nuevo duque, procuraron reunir en torno suyo a todos los republicanos que en Toscana quedaban y resolvieron fiarlo todo abiertamente a los azares de la guerra.

Batidos, replegáronse en la ciudadela de Montemurlo, y allí fueron sitiados por Alejandro Vitelli.

Después de un sangriento combate que duró más de dos horas, los sitiadores, que eran mercenarios italianos o españoles, entraron en la fortal.

Los republicanos que escaparon de la muerte fueron muchos prisioneros.

En cuanto a Felipe Strozzi, él mismo se rindió a Vitelli.

Cosme ordenó que los prisioneros fuesen trasladados a Florencia, después de haber pagado su rescate a los soldados que los habían cogido, y después hizo que el tribunal de los Ocho los juzgara.

Durante cuatro días, todas las mañanas y por tandas de cuatro, se cortaron cabezas republicanas en la plaza de la *Señoría*; pero el pueblo, que conocía que la sangre que de tal modo se vertía bajo el hacha del verdugo, era la más pura de Florencia, no pudo soportar aquel horroroso espectáculo; tanto asustaron sus clamores a Cosme I, que los prisioneros que aun quedaban, entre lo que se hallaba

Nicolás Maquiavelo, hijo del historiador, fueron enviados a las cárceles de Pisa, Liorna y Volterra.

Antes de cumplir un mes, todos los prisioneros perecieron en las cárceles que los encerraban; decimos mal, dejaron con vida a cinco de los más ilustres, esto es, a Bartolomé Valori, Felipe Valori y su hijo, otro Felipe Valori, su sobrino, Antonio Francisco Albizzi y Alejandro Rondinelli; todos estos debían servir de ejemplo.

Su ejecución debía verificarse el 20 de agosto, es decir, el día en que se cumplían siete años que el mismo Bartolomé Valori, al principio partidario de Alejandro de Médicis, había reunido al parlamento, violado la capitulación de Florencia y sometido a su patria a los mismos Médicis, los cuales le recompensaban como recompensan los tiranos.

Los cinco debían sufrir el tormento, y el día que va dicho fueron conducidos los cinco al patíbulo.

Quedaba Felipe Strozzi; pero como se había rendido a Alejandro Vitelli, a éste pertenecía. Ahora bien, Vitelli lo había encerrado en la ciudadela de la que él era el amo; lo trataba con muchas consideraciones, y se negaba a entregarlo a Cosme de Médicis.

Ya habrá comprendido el lector que aquello era sencillamente un asunto de tiempo y de dinero.

En efecto, Cosme I compró al prisionero, y Carlos V autorizó a Vitelli para que lo entregara.

Pero, desgraciadamente para la venganza de Cosme, el día que se recibió la autorización de entregar al prisionero, Felipe Strozzi, advertido a tiempo, escribió con su propia sangre este profético verso de Virgilio:

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.

Y después se degolló con un cuchillo.

En cuanto a Lorenzo, en 1547, el día en que se cumplían diez años que Cosme I había jurado vengar el asesinato del duque Alejandro, lo encontraron asesinado en una de las calles de Venecia.

FIN



